Escenarios Actuales, año 31, septiembre, N.º 1 (2026), pp. 155-165
Centro de Estudios e Investigaciones Militares
Santiago de Chile
ISSN 0717-6805

Ucrania y Medio Oriente, balance y perspectivas



Gabriel Gaspar[1]

¿Estamos en el umbral de una nueva etapa del orden planetario? Estos conflictos ¿son consecuencia de la lucha por la hegemonía global?, o, por el contrario, ¿demuestran el agotamiento del viejo orden?

En las presentes notas se abordará esta problemática, pero es preciso realizar algunas advertencias metodológicas. En primer lugar, el autor se basa en fuente pública lo que es todo un desafío en esta era de abundancia de información y también de desinformación; en segundo término, se trata de dos conflictos que se encuentran en pleno desarrollo. En tercer término, el nivel en el que se mueve el análisis es principalmente político – estratégico, y no considera contenido sobre temas estratégicos ni menos operacionales. Por todo lo anterior, estas notas asumen los contornos de un ensayo interpretativo. Una reflexión más que una construcción de conocimiento.

El contexto

Nos encontraos en un escenario con dos guerras en desarrollo, la de Ucrania iniciadas el 24 de febrero de 2022, y la del Medio Oriente el 28 de febrero de 2026. Aquí surge una primera interrogante: ¿estos conflictos se iniciaron con estas guerras? ¿O estas son la prolongación militar de contradicciones vitales preexistentes?

Si asumimos que un Estado va a la guerra cuando entiende que sus intereses vitales están comprometidos, de alguna manera se

1 Cientista político, analista político-estratégico y ex diplomático chileno, nacido en Arica. Fue Embajador de Chile y Subsecretario de Defensa, Guerra y FFAA. Académico y consultor internacional. Columnista en El Mostrador, Infogate y en medios internacionales como Reforma de México, La República de Perú, Brújula Digital de Bolivia, Perfil de Argentina y Opera Mundi de Brasil, entre otros.

define cual es el objetivo final deseado, aquello que se pretende alcanzar con el empleo de la fuerza militar. Ese no puede ser otro que la neutralización de la amenaza. Una definición poco rigurosa, o basada en una deficiente apreciación, puede conducir a una conducción errática de la guerra, y todo esto, es ante todo un problema del nivel político del Estado.

A lo anterior debemos agregar que ambos conflictos se desarrollan en un momento histórico específico: la pugna por la hegemonía global, que hoy tiene dos grandes protagonistas, EE.UU. de América, por un lado, y la República Popular China (RPCH) por el otro. De momento la competencia entre ambas potencias se da en el ámbito comercial, económico, tecnológico y político-diplomático, observando de no enfrentarse directamente.

Sumemos que los mecanismos de gestión de conflictos, entre ellos las Naciones Unidas y su Consejo de Seguridad, han perdido capacidad para asegurar su principal objetivo: la mantención de la paz.

El antiguo orden basado en el equilibrio de poder de tiempos de la guerra fría culminó con la caída del Muro de Berlín y sus consecuencias, y luego de algunas décadas de hegemonía unipolar de EE.UU., acompañado de Occidente, hoy asistimos a la emergencia de un dinámico polo asiático donde la RPCH lleva la iniciativa. Lo que algunos denominan "*la trampa de Tucídides*", a la fecha se caracteriza porque la disputa hegemónica entre las dos principales potencias no se expresa en un enfrentamiento estratégico directo. Aquí podríamos establecer una primera conclusión preliminar: en ambas guerras no están comprometidos los intereses vitales de los dos principales actores.

Es más, se coincide con la opinión de muchos especialistas, de que en ambos conflictos EE.UU. ha empleado buena parte de su capital político, diplomático, económico e inclusive militar. Todo ello sin contribuir directamente a mejorar su posición frente al ascenso chino. Esto cobra importancia cuando analicemos a favor de quien corre el factor tiempo.

¿Se hace camino al andar?

De lo conocido públicamente, pareciera que ambas guerras se pusieron en marcha con un elemento común: el desenlace previsto inicialmente no se dio y ambos conflictos han durado más allá de lo que las principales potencias involucradas habrían apreciado. Dicho de otra manera, el logro de los objetivos políticos predefinidos no se alcanzó con el primer golpe, por demoledor que haya sido.

En el caso de la guerra ucraniana, los objetivos políticos fueron definidos por Moscú como la protección de la zona prorrusa (el Donbás), la no incorporación de Ucrania a la OTAN y lo que llamó la desnazificación de sus FF.AA. Todo indica que la maniobra militar destinada a obligar a Kiev a aceptar estas demandas en las primeras semanas de la guerra no alcanzó estos objetivos. En efecto, la defensa tenaz desarrollada por las fuerzas ucranianas, con un amplio respaldo logístico, económico y político de la OTAN, logró que Moscú desistiera de dicho intento, pero a cambio, replegó sus fuerzas a la zona del Donbás donde resistió diversas contraofensivas ucranianas, para luego pasar a una lenta pero persistente ofensiva que perdura actualmente (agosto 2026).

Ucrania en estos cuatro años ha sufrido un desangre demográfico, la destrucción de buena parte de su infraestructura, al tiempo que ha sido testigo y víctima de las desavenencias entre

europeos y estadounidenses. A cambio, ha logrado mantener lo fundamental de su territorio, poseer unas FF.AA. experimentadas, especialmente en lo que esta guerra consolidó como nueva arma: el uso masivo de los drones (enjambre) de diferentes características, especialmente en el alcance y tipo de misiones.

Rusia por su parte controla alrededor de un 20% del territorio de la antigua Ucrania, también domina el litoral del mar de Azov y del Mar Negro, logrando con ello alcanzar su aspiración de disponer de puertos en aguas cálidas. En el último tiempo ha empezado a crecer con más fuerza la convicción -incluidos círculos europeos- que la paz debiera contener algún tipo de cesión territorial.

Sería una apreciación parcial reducir el conflicto ucraniano sólo a causas bilaterales. En realidad, muchos atienden a la crisis del 2014 (ocupación de Crimea) y la resistencia de los oblasts[2] prorrusos del Donbás como antecedente inmediatamente previo. Al respecto es necesario considerar que Ucrania tiene dos almas, una prorrusa, que habla ruso, que profesa la fe ortodoxa y que se siente heredera del Rus de Kiev, cuna del mundo eslavo. Esta parte prorrusa coexiste con otra de orientación prooccidental, católica, con lazos históricos con Polonia y los países bálticos.

¿Podrán convivir ambas almas en una sola Nación? ¿tener un mismo Estado?

La crisis del 2014 dio origen a los Acuerdos de Minsk, que debieron ser cautelados por Berlín y París, pero ello no ocurrió así y las tensiones fueron creciendo. Moscú ha declarado insistentemente que la expansión de la OTAN hacia una Ucrania proccidental amenazaba su seguridad. Señaló en aquellos años lo mismo que proclamara Kennedy en la crisis de los misiles en 1962: una potencia no puede instalar armamento estratégico en las fronteras de otra. Actualmente Moscú ha logrado ocupar buena parte de la región prorrusa, controla el litoral del Mar Negro y todo indica que no aceptará una Ucrania incorporada a la OTAN. En resumen, Moscú instala su seguridad en el centro de su aspiración.

Occidente hasta hace poco evaluaba el conflicto como la resultante de una agresión: una potencia invadía a otro país de menor estatura estratégica. Más, no es necesario indagar mucho para entender que para muchos europeos (especialmente los de Europa del Este) la preocupación principal es Rusia. En concreto, se aprecia que Moscú no se detendría en Kiev y proseguiría su expansión. Por ello, apoyar la resistencia en la capital ucraniana implicaría contener a Rusia. En suma, a buena parte de los europeos también les preocupa su seguridad.

De esta forma, se puede asimilar que en el conflicto ucraniano hay un árbol y un bosque. El árbol es Ucrania, con sus conflictos internos y sus almas enfrentadas, pero detrás de ese conflicto hay un bosque que es la competencia entre las dos potencias: Rusia y la OTAN.

Lo anterior se presentó en forma más nítida al inicio de la guerra, cuando EE.UU. era el pilar de la OTAN, pero en estos cuatro años las circunstancias y dinámica del conflicto ha variado permanente-

2 Los oblasts prorrusos hacen referencia a las regiones de Donetsk, Lugansk, Jersón y Zaporiya. Tras los referendos de anexión –no reconocidos por sectores de la comunidad internacional–, estas provincias fueron declaradas como parte de Rusia y son administradas por autoridades leales a Moscú.

mente, especialmente bajo la administración Trump II, la Casa Blanca evalúa y presiona un cambio de actitud de sus socios europeos que no comparten los costos materiales y financieros de la alianza, pero no solo en el caso ucraniano sino en general respecto a su propia seguridad.

Se suma a lo señalado que la prolongación de la guerra en las estepas ha hecho evidente para las elites políticas y militares de EE.UU. el desgaste en una guerra que no se relaciona con su interés vital que es la contención a China que mantiene su ímpetu y poder para transformarse en super potencia.

El resultado está por verse, de momento lo que es visible y comprobable es que la mayoría de los países europeos han optado por incrementar su gasto militar, potenciar sus FF. AA. y aumentar su contingente. En materia económica, Europa paga elevados costos por acoger a millones de refugiados ucranianos, y seguir sosteniendo económica y militarmente a Kiev. Mientras las sanciones impuestas a Rusia se traducen en un incremento del precio del combustible que antaño los europeos le compraban a Moscú. ¿Estaba todo esto previsto en la planificación de la OTAN en febrero del 2022?

Por su parte, la guerra del Medio Oriente lleva más de medio año y pareciera que en sus inicios repitió similares errores de apreciación que observamos en el caso ucraniano. En efecto, luego de mortíferos ataques efectuados los primeros días, la Casa Blanca anunció que se abría un espacio para desmantelar al régimen político-religioso imperante, se invitaba a la oposición iraní a asumir el poder y de paso se conculcaba el programa nuclear de Teherán.

Pero si bien Irán recibió un golpe demoledor, logró reponer su dirección política y militar junto a su liderazgo religioso. Y aunque la superioridad tecnológica y estratégica de EE.UU. e Israel era evidente, logró desplegar su defensa. Obviamente desde hace mucho tiempo el Alto Mando iraní debió haber planificado su respuesta ante un ataque de EE.UU. e Israel. La defensa iraní implicó la apertura de un frente que va desde la frontera con Irak hasta los pequeños Estados del golfo ribereños del océano Índico. Con el uso de cohetes, misiles y todo tipo de drones, Teherán castigó puntos sensibles de EE.UU. y sus aliados en la región: bases militares, puntos económicos neurálgicos, radares y puestos de apoyo.

El cierre del estrecho de Ormuz, un activo estratégico de la defensa iraní: transformó una guerra regional en un conflicto de consecuencias globales por la importancia del transporte marítimo y el abastecimiento de hidrocarburos, gas y fertilizantes.

Paradojalmente, uno de los principales puntos de las negociaciones entre EE.UU. e Irán es la apertura del Estrecho, que, al inicio de las hostilidades, funcionaba sin problemas. Tanto los EEUU como Irán han declarado en varias oportunidades el cierre de esta vía. El resultado concreto es que la navegación por el estrecho es extremadamente peligrosa y ello ha provocado una disminución del tráfico marítimo. Todo ello repercute en los costos, especialmente del petróleo.

A los pocos días de iniciada la guerra, la Casa Blanca tomó nota de que esa guerra podría prolongarse por mucho tiempo, lo cual es una pesadilla política para la administración estadounidense. Si iniciar una guerra prolongada y lejana era la negación de una de las banderas electorales del actual gobierno, el que todo esto sucediese a pocos

meses de elecciones internas es una calamidad y también una amenaza.

Pero si falló la apreciación inicial, aquella que pronosticaba un derrumbe del régimen iraní producto de un golpe letal a su cúpula, todo indica que no hay acuerdo en la Casa Blanca de cómo salir del atolladero. Una hipótesis no descartable de analistas señala que el poder político no escuchó las advertencias tanto de las FF.AA. como de la comunidad de inteligencia, respecto a la real correlación de fuerzas dentro de Irán, así como las dimensiones de la oposición. Lo que sí conocemos es que desde que empezó esta guerra han sido numerosas las destituciones o renuncias de altos mandos de las FF.AA. Algo que les da cierto sustento a las especulaciones sobre el tema en la Casa Blanca.

Por el lado iraní, enfrentado a una guerra asimétrica, la sola sobrevivencia es una ganancia. El costo a pagar es la destrucción de buena parte de su infraestructura y de su aparato militar convencional. Pero una vez más se comprueba que la victoria sólo se alcanza cuando se doblega la voluntad de lucha de una de las partes en conflicto.

En este último punto es necesario destacar un factor cultural, que influye en lo más profundo de la moral de combate: cuando la convicción además de patriótica, incluye la creencia religiosa. Cabe preguntarse de hasta dónde puede funcionar una disuasión convencional cuando una de las partes considera a la muerte como un martirio que será recompensado. Allí se funde la convicción nacional con la religiosa, algo difícil de entender a cabalidad en la racionalidad convencional de Occidente.

Buena pregunta es a quien beneficie el factor tiempo. ¿Corre a favor de WDC o de Teherán? ¿las penurias económicas y materiales de la población iraní terminaran por amenazar a la estabilidad del sistema?, y en el caso estadounidense, la impopularidad de la guerra, ¿podrá traducirse en un descalabro electoral para la Casa Blanca?

En la guerra del Medio Oriente hay otro actor: Israel, su interés vital en este conflicto es la desarticulación del programa nuclear iraní, y de su potencial militar en general. También obviamente, la degradación de las milicias pro iraníes que rodean a Israel: Hamás, Hezbolá y los hutíes yemenitas, más allá de su expansión colonial en los territorios de la Autoridad Nacional Palestina de Cisjordania.

En los últimos años el gobierno de Netanyahu ha propinado demoledores golpes a Hamás y Hezbolá. En ello no ha trepidado en la destrucción de ciudades y castigar severamente a la población civil, de lo cual Gaza es un caso elocuente. Por otra parte, Israel ocupa y mantiene con mano férrea la franja gazatí. En su frontera norte las fuerzas de defensa israelíes intentan construir una franja de seguridad con el Líbano, provocando un éxodo masivo de refugiados, además de las víctimas.

Al contrario de la Casa Blanca y de los ayatolas, Israel ha fortalecido su posición en la región, aunque obviamente, no podría afirmarse que ha asegurado la paz. Pero, sin duda se ha ido fortaleciendo desde el inicio de la guerra, aunque probablemente ha pagado costos políticos y diplomáticos mayores. No es todo, si del resultado de esta guerra, emerge un Israel militarmente más poderoso en el Medio Oriente, es probable que eso provoque suspicacias.

Recientemente, el 7 de agosto de 2026, se construyó el llamado Acuerdo de la Meca: Arabia Saudita,

Turquía y Pakistán han firmado un acuerdo de defensa mutua en el caso de que alguno de ellos sea atacado. Alianza recelosa de Teherán o Tel Aviv. Los tres países pertenecen a la rama suni del mundo islámico. Pero mientras Turquía es parte de la OTAN, Pakistán posee armamento nuclear y los sauditas son fieles aliados de EE.UU.

Israel propinó un golpe durísimo a Hamás en Gaza, pero también a la población civil gazatí. Al igual que lo sucedido con los niños sobrevivientes a la matanza de Sabra y Chatila (masacre de refugiados palestinos en el Líbano a finales de los 70 del siglo pasado), que años después crecieron y engrosaron las filas de los fedayines de la Organización de Liberación Palestina (OLP), es muy probable que los niños sobrevivientes de Gaza sean o serán muyahidines de Hamás. En suma, como ya se señaló, la guerra se gana cuando se doblega la voluntad de lucha de una de las partes, y eso en el Medio Oriente está lejos de suceder.

En la guerra ucraniana, Rusia fue capaz de redefinir su maniobra, descartando el asalto a Kiev y parapetándose en el Donbás. En el Medio Oriente está por verse si EE.UU. e Israel reformulan sus objetivos. En principio, Israel, luego de los golpes iniciales a Irán, se concentra en construir su defensa periférica. Asume con realismo que, sin EE.UU., no puede pisar suelo iraní, pero sí puede atacarlo letalmente y con ello, degradar su potencial. En suma, la conducción de la guerra en los casos ruso e israelí ha hecho camino al andar. ¿Qué opciones le quedan a EE.UU.? El primer mandatario estadounidense en estos meses de guerra ha declarado en numerosas oportunidades que ha ganado la guerra. También ha amenazado con eliminar a la civilización iraní.

La recomposición del mapa planetario

Cuatro años de guerra en las estepas y seis meses en el Medio Oriente empiezan a configurar un nuevo mapa de poder planetario y otro del mercado mundial.

Partamos por esto último, luego de la caída del muro de Berlín (1989) y el fin del Pacto de Varsovia (1991), el libre mercado se expandió universalmente. Eran los tiempos de la globalización y también del fin de las economías centralmente planificadas. En ese nuevo contexto, al abrirse las economías del antiguo campo socialista se creó un poderoso incentivo para la expansión de las grandes empresas occidentales. En ese proceso se instalaron numerosas plantas industriales en Europa del Este.

La RPCH por su parte había iniciado desde antes un proceso de apertura sin alterar lo fundamental de su sistema político. Vietnam también hizo lo propio. El socialismo de mercado se reforzó con abundancia de inversiones occidentales, transferencia de tecnología y apertura hacia nuevos mercados.

Esta expansión no se limitó a la antigua órbita socialista, merced al entonces NAFTA, grandes inversiones estadounidenses se instalaron en su vecino México. Estos desplazamientos se justificaban por diversas razones: por baratura de la fuerza de trabajo, por acceder a nuevos mercados, para aprovechar la cercanía de materias primas, entre otras. Por su parte muchas empresas europeas se instalaron en Rusia, los ex países socialistas y la propia RPCH. El resultado es que la producción industrial planetaria se disgregó y en especial, en beneficio de las dinámicas economías asiáticas.

Punto aparte lo representa una nueva ola de innovación tecnológica, expresada en la irrupción de la Inteligencia Artificial, la robótica, entre las principales que alteran la economía global e inclusive la vida cotidiana de millones de personas. Es importante constatar que en este siglo hay más de un Silicon Valley en el planeta. La competencia es cotidiana y la innovación es sustantiva, incluida la industria militar.

Si a finales de la Segunda Guerra Mundial EE.UU. concentraba lo medular de la producción industrial del mundo, hoy eso ya no es así, incluida la icónica industria automotriz. Automóviles japoneses, coreanos, chinos inundan el mercado americano, sumándose a los europeos.

La respuesta de EE.UU. ha sido categórica, la actual administración ha recurrido a la implantación de aranceles de manera unilateral a fin de favorecer a sus productores y la industria nacional. En la práctica su intercambio ya no se rige por las normas de la Organización Mundial de Comercio (OMC) y es reemplazado por diversos acuerdos bilaterales. El resultado ha sido una fragmentación de la economía mundial y pone en entredicho a la llamada "*globalización*".

Lo mencionado es crucial para aquellos países como Chile, que basan su estrategia de desarrollo en su plena inserción en la economía global. Para nuestro caso, ese modelo adoptado a fines del siglo pasado y protocolizado en numerosos Acuerdos de Libre Comercio, se encuentra en un estado de preocupante incertidumbre y corresponde proyectar y evaluar cómo será el contexto y escenario del intercambio mercantil en el futuro. Dilucidar cuánto y cómo nos va a afectar es un tema de primera prioridad para nuestra estrategia nacional.

Las dos guerras a las cuales se hace referencia y comentadas contribuyen a todo lo anterior. Desde sus primeros momentos el conflicto armado en Ucrania puso en entredicho el abastecimiento de granos y cereales en general, dado que el teatro de operaciones involucraba a uno de los principales graneros del mundo. La guerra del Medio Oriente en curso ha vuelto a poner en alerta al mercado de los hidrocarburos y de los fertilizantes. No solo es un problema de producción, también de la cadena de suministros y los efectos del daño a la infraestructura portuaria.

Los mayores volúmenes del intercambio comercial global se transportan por vía marítima y por consiguiente los pasos oceánicos cobran una alta relevancia, así está demostrado con lo que ocurre con el estrecho de Ormuz.

Como ya fue mencionado, las dos guerras en comento hasta la fecha no enfrentan directamente a dos potencias nucleares. Todo se ha desarrollado en los márgenes de un enfrentamiento convencional. La pregunta que se deben formular muchas potencias emergentes es si contar con armamento nuclear es una amenaza o un seguro. En este punto asoman las desconfianzas que han surgido entre EE.UU. y sus aliados. Como es sabido, con tecnología y con recursos financieros es posible acceder al desarrollo de armamento nuclear, ¿Qué pensarán los estrategos alemanes, de Corea del Sur y los japoneses? Por nombrar a algunos.

Un fenómeno que caracterizó a los años posteriores a la caída del muro de Berlín, fue que la mayoría de los países europeos disminuyeron su gasto militar, redujeron su contingente y vendieron abundante material. En la práctica, el soporte económico de la OTAN recayó principalmente en

EE.UU. que progresivamente empezó a reclamarles a sus aliados occidentales.

El desencuentro fue creciendo y llegó a su clímax con el ascenso de la administración Trump II, la cual ha sostenido una fuerte disputa con varios países otrora fieles aliados de los EEUU. Ello se ha acentuado con sus pretensiones globales, entre otros aspectos, por los corredores del Ártico, y explicaría la aspiración de Trump por la propiedad de Groenlandia. Actualmente la relación está trizada, Italia y España niegan el uso de sus espacios aéreos para operaciones en el Medio Oriente, Francia propone ampliar su escudo nuclear a toda Europa.

Recientemente, ante el pedido del presidente Trump de que Europa, Japón y en general sus aliados lo acompañasen en el bloqueo al estrecho de Ormuz encontró solo negativas. "*A nosotros no nos consultaron para emprender esta guerra*" es lo que se escucha en muchas capitales europeas y en los pasillos de Bruselas.

De todo lo anterior surge un dilema: ¿qué pasará con la OTAN? Lo que sí es evidente es que algunos países europeos han incrementado sustantivamente su gasto militar. Aquí destaca Polonia, que a destinado más del 5% de su PIB a la defensa.

Sí el mercado mundial se encuentra fragmentado, el equilibrio de poder se encuentra en pleno movimiento. Por cierto, la capacidad estratégica de los EE.UU. continúa encabezando el ranking, seguido por la RPCH. Esta última avanza sin vacilaciones a su objetivo de alcanzar el rango de superpotencia el año 2049, fecha en la que se cumplirán los 100 años de fundación de la República. En su visión, con ello el recuerdo amargo de lo que denominan "*el siglo de la humillación*" quedará en el pasado.

En China no se olvida al proceso desarrollado en buena parte del siglo XIX y el siglo pasado, cuando la mayoría de las potencias occidentales de entonces, más Japón, ocuparon parte de su territorio y le impusieron gravosas limitaciones a su soberanía. En esa visión, la resolución del tema Taiwán se perfila bajo el principio de "*una sola China, dos economías*". Agreguemos que las características del sistema político chino le permiten a su dirigencia una planificación rigurosa y a largo plazo.

Por su parte, en el mundo asiático de los aliados de EE.UU. las interrogantes son similares: ¿hasta dónde llegará la protección estadounidense? Gran pregunta para Filipinas, Japón y Corea del Sur entre ellos y, por cierto, Taiwán.

En resumen, la economía global ha ingresado a una fase de reorganización cuyas características definitivas aún es muy difícil de precisar. Algo similar podemos señalar respecto a la recomposición de la hegemonía a escala global.

Balance y perspectivas

Como fue planteado al inicio del presente trabajo, es riesgoso ensayar un balance de los procesos en desarrollo. Pero es un ejercicio necesario, especialmente para el nivel político estratégico.

En consecuencia, a continuación, algunas conclusiones preliminares:

1. El pasado no vuelve

De lo descrito, la evidencia abrumadora es que el orden multilateral que caracterizó a la comunidad global desde el fin de la segunda guerra perdió fuerza y ya no controla el quehacer planetario,

para empezar en su objetivo fundamental: asegurar la paz.

Lo anterior vale para el sistema de Naciones Unidas, pero en general para todo el multilateralismo. En lo que a economía y comercio de refiere, un dato interesante serán las consecuencias del reciente encuentro entre Trump y Xi, que promete seguir en septiembre en EE.UU. Si las dos potencias llegasen a un acuerdo económico y comercial, ello proporcionaría un marco más ordenado para el desenvolvimiento de la economía global en el futuro cercano.

2. Hacia un mundo más fragmentado

Algunos analistas pregonan por un retorno a las áreas de influencia. La contra pregunta es si alguna vez estas se abandonaron del todo. En el período histórico precedente Asia fue escenario de choques entre tropas de EE.UU. y la RPCH. Primero en Corea, luego en Vietnam, pero en aquella época China no era la potencia de hoy, y el enfrentamiento principal se daba entre Moscú y Washington.

En Europa se vivieron varias crisis, especialmente en torno a Berlín, en medio de una Alemania dividida, pero nunca se enfrentaron las potencias directamente. Las pugnas más violentas se dieron en el entonces Tercer Mundo: Asia, África y América latina. Las potencias socialistas apoyaron a sus partidarios y EE.UU. hizo lo mismo. La guerra fría en el hemisferio norte fue violenta en el entonces llamado mundo subdesarrollado. Las superpotencias ayudaron con asesores, suministro de armamento, inteligencia y recursos económicos, pero no pusieron tropas propias. África fue quizás donde se libraron las guerras más convencionales que enfrentaron a tropas cubanas con el ejército sudafricano de entonces. Muchas de estas guerras fueron en gran parte consecuencia del desplome de los restos de los imperios coloniales europeos: Argelia, Congo, Angola, Mozambique, entre otras.

No son pocos los analistas que prevén un panorama euroasiático donde la Unión Europea percibe a Rusia como su principal amenaza. Podríamos decir que en Moscú tampoco se olvidan de la invasión de Napoleón y la *Operación Barbarroja*. La sistemática expansión de la OTAN hacia el este no ayudó a disipar las dudas moscovitas, y su disposición a no aceptar dicha expansión (Georgia el 2008). La operación en el Cáucaso sumó la fuerza a la advertencia diplomática. De allí a la *Operación Militar Especial* en Ucrania había muy poca distancia.

Un mundo más fragmentado probablemente es lo que propicia el surgimiento de alianzas muy flexibles a los ojos actuales. Alemania rearmándose sin generar problemas en Polonia ni en Europa en general. Acercamientos entre monarquías sunitas con Tel Aviv, restablecimiento de relaciones entre Corea del Sur y Cuba. Diferencias entre EE.UU. y el Reino Unido. Por nombrar algunas.

Interpretar estos movimientos geopolíticos con criterios ideológicos puede conducir a graves equívocos. Siguiendo la famosa frase china, los nuevos tiempos pueden demostrar que es posible compartir la misma cama, pero tener distintos sueños.

3. ¿Es posible una salida negociada en ambas guerras?

Se estima que siempre es posible negociar una salida a las guerras. Especialmente si se empieza

a imponer la convicción de que ninguna de las partes puede ganar en lo inmediato, pero todos pierden si el conflicto se prolonga.

En el caso ucraniano, hay dos niveles. Uno es la negociación entre Kiev y Moscú. El otro es entre la OTAN (o más bien Europa a estas alturas) y la Federación Rusa. Si el objetivo político predominante es la seguridad, podríamos pensar que hay base para un acuerdo. Ahora, las características y condiciones de dicho acuerdo es la materia de la negociación, pero las partes deben tener claridad de que la prolongación del conflicto los lleva a un futuro negativo para todos.

La solidez de un eventual acuerdo no está asegurada de antemano, pero garantizaría una pausa reparadora para la población (especialmente ucraniana) y el inicio de un proceso de reconstrucción. EE.UU. asume que ya ha hecho un aporte sustancial a la defensa de Zelenski y de paso, su complejo industrial militar se reactiva por la demanda de material por parte de los ejércitos europeos y probablemente también de los jeques.

En el plano regional los modestos recursos sudamericanos también se esfuerzan por dotarse de mejores capacidades, en este ámbito, los brasileños destacan con la renovación de su material aéreo y naval, además de sus comandos de la selva amazónica.

En el caso del Medio Oriente el tema es más complejo, pero es evidente que todos los actores -incluidos la inmensa mayoría del planeta- salen perdiendo con la desestructuración del mercado, el encarecimiento de la energía y el fantasma de la inflación. Es probable que sean más difíciles las condiciones para una paz firme y duradera, pero a lo menos un armisticio sería mejor que el presente. En Corea ya dura más de 70 años.

En el gran país del norte, salir del pantano iraní, y no desgastarse más en las estepas ucranianas, le permitiría abocarse al desafío chino. Y le redituaría a la Casa Blanca un porvenir menos riesgoso en las elecciones parlamentarias de fin de año.

A la fecha de redacción de estas reflexiones prosiguen las desgastantes y extensas negociaciones entre Irán y EE.UU. Con la facilitación de Pakistán, se instalaron hace tiempo y en la práctica transitan entre tregua, negociación y reanudación de la guerra.

Los continuos giros de la vocería estadounidense sobre el curso de las negociaciones, a ratos desconciertan, pero lo concreto es que es una realidad instalada. Una vez más se comprueba que la negociación puede convivir con la guerra. Las tratativas conviven con episodios en el Estrecho de Ormuz, la continuidad de la operación israelí en el sur del Líbano e intercambio de misiles.

En términos más políticos, tanto EE.UU. como Irán se benefician de una suspensión sustancial de las hostilidades, y ambos requieren presentar a sus respectivas poblaciones, una narrativa de victoria.

4. ¿Convivencia pacífica o Tucídides?

Gran pregunta. Si atendemos a la principal contradicción de poder en curso, los escenarios son más sencillos, en gran parte porque nuevamente se trata de la relación entre dos grandes actores.

Un futuro posible es que las principales potencias asuman la mutua y colectiva conveniencia de una nueva convivencia pacífica, con márgenes bien

definidos, y con mecanismos eficientes de solución de controversias, además del disciplinamiento del resto de las naciones. Lo último requeriría tomar en cuenta los intereses de ellas e incorporarlas en el nuevo acuerdo. Difícil, pero posible.

Los EE.UU. tienen un sistema político diferente al chino, lo que agrega un rango de variabilidad a su planificación. El consenso de la población es un factor vital, y, por cierto, el grado de su cohesión social.

Si las potencias no logran un acuerdo nítido en su futura convivencia pacífica, lo más probable es que persistamos en una época de grandes transformaciones tecnológicas, unidas al análisis y reflexiones enunciadas, todo en medio de un escenario de mucha incertidumbre. La línea roja será la que ha predominado hasta hoy: evitar el choque directo entre potencias. Contener a Tucídides.